

El candidato

Juan Pablo
Peña Jaime

Nunca lo había visto tan emocionado. Sospechaba que tenía que ver con el discurso de aquella tarde. En el país solo se hablaba del nuevo candidato a la presidencia. Algunos ya se referían a él como el presidente. Luego de esperar quince minutos, como se le había indicado, su padre apareció. Llevaba puesta su mejor camisa. No había duda, era algo especial. La miró con alegría, tomó con rapidez el periódico sobre la mesa e inmediatamente comenzó a pasar las páginas sin detallarlas demasiado. Después de unos instantes, sus cejas se levantaron y de su boca brotó una tenue sonrisa.

—¿Has escuchado de él? —preguntó mientras señalaba una foto.

La joven no pudo evitar sonreír, le divertía la pregunta; después de todo, él mismo le contaba sobre aquella persona cada mañana durante el desayuno, en muchas ocasiones incluso antes de dar gracias por la comida.

—No, nunca he escuchado de él —le dijo con sarcasmo.

El padre, sorprendido, decidió hablarle nuevamente acerca de la “salvación del país”, o por lo menos así le llamaba.

—Por esta razón nunca debes olvidar su nombre... —finalizada la lacónica explicación, no pudo evitar echarle un vistazo a su reloj, por su expresión sabía que algo le preocupaba—. Vamos, es hora de irnos.

Su padre no le había dicho que saldrían. Pensó en preguntarle su destino. Cuando estaba a

punto de hacerlo, se percató de la necedad de su pregunta, pues de cierto modo lo imaginaba. No le pareció conveniente retrasar la salida, simplemente se dedicó a seguirlo.

El trayecto era largo, primero debían caminar unas cuadras hasta la estación de bus más cercana, luego debían hacer trasbordo y al terminar el segundo viaje solo era cuestión de caminar durante pocos minutos.

Como era de esperarse, el lugar estaba colmado. A pesar de que nadie gritaba, el bullicio era insoportable. Aquel hombre, decidido a estar más cerca de su candidato, se abrió paso entre la multitud usando a su hija como escudo. Era evidente que a ella no le interesaba lo que allí ocurría. Luego de avanzar tanto como pudieron, le recordó a su hija la importancia de aquel discurso.

—¡Hoy se decide el destino del país, alégrate! —le decía a cada rato. Por más que su padre se esforzaba por transmitirle el regocijo, este no tenía efecto en ella—. ¿Pasa algo? —preguntó preocupado.

La chica dudó por unos instantes hasta que decidió responderle.

—El señor del que tanto hablas ¿es una buena persona?

La preocupación del padre era notoria, no podía creer que su hija aún tuviera ese tipo de dudas sobre la “salvación del país”.

—¿Cómo puedes preguntarme algo tan obvio? Claro que lo es.

—En ese caso no deberías emocionarte tanto —dijo la chica.

El padre se indignó, pero se molestó más consigo mismo por no haberla educado como era debido.

—¿Qué cosas dices? ¿Debo repetirte a quién vamos a escuchar hoy? —le dijo enojado.

La hija entendió que sin importar lo que dijera no se irían de aquel sitio, por lo que respondió.

—Lo sé perfectamente, el problema es que es una buena persona.

El padre quedó confundido, pero dejó pasar las palabras de la muchacha. Seguramente no le interesaba el discurso y por esa razón había sido tan insolente. Era eso, o que no sabía diferenciar entre lo bueno y lo malo.

Transcurridos unos minutos, el candidato por fin llegó. Su porte era intachable, su sonrisa era la misma que la de los afiches. Su paso firme por la tarima mostraba su carácter. Antes de iniciar el discurso se rasgó la frente con el pulgar. Comenzó el discurso como todos los políticos, brindando un cordial saludo a todos sus compatriotas. A medida que las palabras brotaban de su boca, los presentes demostraban una satisfacción indescriptible, sonreían, se abrazaban, otros lloraban, los más escépticos se conformaban con escuchar y rogar a Dios que no ocurriera lo mismo de siempre. Entre aquellas personas se encontraba la chica, esperando.

Cuando el futuro presidente estaba a punto de terminar su discurso, tres sonidos ensordecedores retumbaron en la plaza. De un momento a otro una mujer gritó horrorizada mientras señalaba al candidato, que en aquel instante cayó al suelo. El cuerpo palidecía.

El pánico no tardó en invadir a los espectadores que empezaban a huir de la plaza. En la retirada, la chica le dijo a su padre:

—No me digas que no lo esperabas. Después de todo, tú mismo me lo dijiste.

—¿Qué te dije? —le preguntó confundido.

—Me dijiste que era una buena persona la que venía a hablar hoy —contestó.○